

Creían que eran libres

Creían que eran libres

Los alemanes 1933-1945

MILTON MAYER

Traducción de María Antonia de Miquel

Título original: *They Thought They Were Free*

Licensed by The University of Chicago Press, Chicago, Illinois, U.S.A.,
by arrangement with International Editors' Co.

© 1955, 2017 by The University of Chicago. All rights reserved.

© de la traducción: María Antonia de Miquel, 2021

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2022

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: febrero de 2022

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Celebración multitudinaria de la anexión de Austria*,
1938 © Süddeutsche Zeitung Photo / Alamy Stock Photo

Imagen de la solapa: © Richard Scully

ISBN: 978-84-124199-0-0

Depósito legal: B20326-2021

Impresión: Liberdúplex S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de
cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro está dedicado a mis diez amigos nazis:

Karl-Heinz Schwenke, sastre;

Gustav Schwenke, aprendiz de sastre sin empleo;

Carl Klingelhöfer, ebanista;

Heinrich Damm, vendedor en paro;

Horstmar Rupprecht, estudiante de secundaria;

Heinrich Wedekind, panadero;

Hans Simon, cobrador;

Johann Kessler, empleado de banca en paro;

Heinrich Hildebrandt, profesor;

Willy Hofmeister, policía.

Los fariseos se pusieron en pie y rezaron de este modo para sí:
«Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres».

PRÓLOGO

Como estadounidense, me horrorizaba el ascenso del nacionalsocialismo en Alemania. Como estadounidense de ascendencia alemana, me sentía avergonzado. Como judío, me sentía anonadado. Como periodista, me fascinaba.

Ante cualquier análisis del nazismo, era la fascinación del periodista lo que prevalecía —o, como mínimo, predominaba— y me dejaba insatisfecho. Yo quería ver a ese hombre monstruoso, el nazi. Quería hablar con él y escucharle. Quería intentar entenderlo. Ambos éramos hombres, él y yo. Al rechazar la doctrina de la superioridad racial nazi, debía admitir que yo mismo hubiese podido ser como él; que lo que le llevó a tomar ese camino podría haberme impulsado a mí.

El hombre (dice Erasmo) aprende en la escuela del ejemplo y no acepta ninguna otra. Si lograba averiguar qué había sido el nazi y cómo se volvió así, si era capaz de presentar su ejemplo ante algunos de mis semejantes y conseguía atraer su atención, podría convertirme en instrumento de aprendizaje para ellos (y para mí mismo) en la era de las dictaduras populares revolucionarias.

En 1935 pasé un mes en Berlín tratando de conseguir una serie de entrevistas con Adolf Hitler. Mi amigo y profesor, William E. Dodd, por aquel entonces embajador de los Estados Unidos en Alemania, hizo cuanto pudo por ayudarme, infructuosamente. Luego viajé por la Alemania nazi por cuenta de

una revista estadounidense. Traté con alemanes, personas a las que había conocido cuando viví en Alemania de niño, y por primera vez me di cuenta de que el nazismo era un movimiento de masas y no la tiranía de unos cuantos seres diabólicos sobre millones de personas indefensas. Entonces empecé a preguntarme si, después de todo, el nazi al que quería entrevistar era Adolf Hitler. Para cuando hubo acabado la guerra, había identificado a mi hombre: el alemán medio.

Deseaba viajar a Alemania de nuevo y conocer a ese hombre culto, burgués «occidental» como yo, a quien le había sucedido algo que no nos había sucedido (al menos no por el momento) ni a mí ni a mis compatriotas. Después de la guerra, pasaron siete años antes de que pudiese ir allí. Había transcurrido el tiempo suficiente para que un estadounidense no nazi pudiese hablar con un alemán nazi, pero no tanto tiempo como para que los acontecimientos de 1933-1945, y en especial los sentimientos íntimos que acompañaron a dichos acontecimientos, hubiesen sido olvidados por el hombre que yo buscaba.

Nunca llegué a encontrar al alemán medio, porque el alemán medio no existe. Pero encontré diez alemanes lo bastante diferentes unos de otros en origen, carácter, intelecto y temperamento como para representar, en conjunto, a algunos millones o decenas de millones de alemanes y lo bastante parecidos entre sí como para haber sido nazis. No fue fácil encontrarlos, y aún menos conocerlos. Disponía de una ventaja: deseaba conocerlos de verdad. Y de otra, adquirida durante mi larga relación con el American Friends Service Committee: realmente creía que en cada uno de ellos había «una pizca de Dios».

Mi fe encontró esa pizca de Dios en mis diez amigos nazis. Mi entrenamiento periodístico fue capaz de encontrar en ellos también algo más. Cada uno era una de las más maravillosas mezcolanzas de buenos y malos impulsos; sus vidas, una mezcla maravillosa de actos buenos y malos. Me caían bien. No podía evitarlo. Una y otra vez, mientras estaba sen-

tado o paseaba con uno u otro de mis diez amigos, me sentí abrumado por la misma sensación que había entorpecido mis reportajes periodísticos en Chicago años atrás. Me caía bien Al Capone. Me gustaba cómo trataba a su madre. La trataba mucho mejor que yo a la mía.

Me resultaba difícil —y aún me lo resulta— juzgar a mis amigos alemanes. Pero confieso que prefiero juzgarles a ellos que juzgarme a mí. En mi caso, soy siempre muy consciente de los apremios y obstáculos que excusan, o al menos explican, mis malas acciones. Soy consciente de las buenas intenciones, de las buenas razones que me impulsan a hacer cosas malas. No quisiera morir esta noche, porque algunas de las cosas que he tenido que hacer hoy, cosas que se me presentan bajo una luz poco favorable, las hice para poder hacer mañana algo muy bueno, que compensaría sobradamente mi mal comportamiento de hoy. Pero mis amigos nazis sí que murieron anoche; el libro de sus vidas nazis se ha cerrado, sin que pudiesen hacer el bien que tal vez, o tal vez no, tenían intención de hacer, el bien que hubiese borrado lo malo que hicieron.

Por extensión, prefiero juzgar a los alemanes que a los estadounidenses. Ahora soy capaz de comprender mejor cómo el nazismo conquistó Alemania: no atacándola desde fuera o subvirtiéndola desde dentro, sino con vivas y gritos de júbilo. Era lo que la mayoría de los alemanes querían, o lo que —bajo la presión combinada de la realidad y la ilusión— llegaron a desear. Lo querían; lo consiguieron; y les gustó.

Regresé a casa un poco temeroso por mi país, temeroso de lo que podría llegar a desear, y conseguir, y apreciar, presionado por la combinación de realidad e ilusión. Me parecía —y me lo sigue pareciendo— que no había conocido al hombre alemán, sino al hombre a secas. Resultó estar en Alemania en unas condiciones determinadas. Podría estar aquí, en unas condiciones determinadas. En determinadas condiciones, podría ser yo mismo.

Si yo y mis compatriotas llegásemos a sucumbir bajo esa concatenación de condiciones, no habría constitución, ni leyes, ni policía, ni desde luego ejército que pudiese salvaguardarnos. Pues no existe daño alguno que se pueda infligir a un hombre que él no sea capaz de infligirse a sí mismo; ni bien que no pueda hacer si se empeña en ello. Y lo que antaño solía decirse es cierto: las naciones no están hechas de rocas y roble, sino de seres humanos, y tal como son los seres humanos, así serán las naciones.

Mi obsesión por ir a Alemania y vivir allí, en una ciudad pequeña, con mi mujer y mis hijos, se vio alentada por Carl Friedrich von Weizsäcker, de la Universidad de Gotinga, quien, junto con su esposa Gundi, residió en mi casa mientras ejercía como profesor visitante de Física en la Universidad de Chicago entre 1948 y 1949. Me puse en contacto, por carta, con un viejo amigo, James M. Read, que ostentaba el cargo de jefe de relaciones educativas y culturales en la Comisión de los Estados Unidos para la Ocupación de Alemania. Los señores Read y Weizsäcker se dirigieron a Max Horkheimer, decano del Instituto de Investigaciones Sociales en la Universidad de Fráncfort, y este me consiguió un puesto. Lo que hiciera una vez allí (así como a mi regreso) era responsabilidad mía, pero mis amigos fueron responsables del lugar al que fui a parar. Fueron ellos quienes me mandaron a vivir durante un año, lo más cerca posible de los alemanes, lo más lejos posible de los conquistadores «Ami»,* en la ciudad a la que he llamado Kronenberg.

MILTON MAYER

Carmel, California, 25 de diciembre de 1954

* «Ami»: así llamaban familiarmente los alemanes a los soldados estadounidenses estacionados en su país. (*N. de la T.*)

PARTE I
Diez hombres

KRONENBERG

9 de noviembre de 1638

«OÍD, CIUDADANOS, HONESTOS HOMBRES»

Son las diez de la noche, diez minutos arriba o abajo. La gran campana de la iglesia de Santa Catalina, afinada en la nota mi, ha comenzado a dar las horas. Entre la séptima y la octava campanada, empiezan a sonar las de la parroquia. Uno podría creer que el sacristán de la iglesia parroquial, despertado por la campana de Santa Catalina, había saltado de la cama para llegar a la cuerda de su campana justo a tiempo de evitar la humillación absoluta (igual que un hombre que corre sin camisa y descalzo a una boda para llegar antes de que finalice la ceremonia). Pero seguramente estaría equivocado porque cada noche, desde que Kronenberg tiene dos campanas, el primer tañido de la iglesia parroquial llega justo después del séptimo de la de Santa Catalina; tal vez como deferencia, pues la iglesia de Santa Catalina fue antaño (hasta la Reforma, hace un siglo) una catedral.

Ahora Kronenberg, además de dos campanas de iglesia y dos iglesias, cuenta con seis mil almas creyentes; y con una universidad, con una facultad de teología que tiene casi cien alumnos; y con un castillo que corona la colina sobre la que está edificada la ciudad, que se apiña en forma de semicírculo (una colina tan empinada en algunos tramos que hay casas a las que solo se puede

entrar desde el piso superior); y con un río al pie de la colina, el Werne. No es posible navegar por el Werne hasta aquí partiendo del Rin, pero su meandro, que circunda la colina, unido al castillo de la cima, a los aglomerados gabletes de las viejas casas de entramado de madera que trepan hasta el lindero del parque del castillo, y las angostas calles y callejones empedrados que, enmarañados, ciñen la ladera de la colina, hacen de Kronenberg una ciudad de cuento en medio de un paisaje de cuento.

La ciudad ha sufrido sus convulsiones, pero ¿qué ciudad no las ha sufrido? En la media docena de siglos anteriores ha cambiado de manos una docena de veces. Ha sido atacada, tomada, liberada, y atacada y tomada de nuevo. Pero nunca ha sido quemada. Es posible que su bonito aspecto (porque es lo bastante pequeña para que se la considere bonita más que hermosa) haya mantenido a raya a las antorchas que redujeron a cenizas tantas viejas ciudades; y ahora, en 1638, a Kronenberg se la llama siempre «la vieja Kronenberg», un lugar antiguo.

La Gran Guerra de Europa hace ya veinte años que dura, pero tal vez esté llegando a su fin. El príncipe de Hesse ha decidido unirse a la Paz de Praga, a fin de expulsar a los suecos protestantes del imperio católico sin necesidad, o así se espera, de someterse al emperador católico en Viena. Es verdad que la católica Francia acaba de atacar a la católica España y, aliándose con los protestantes suecos, le ha declarado la guerra al emperador. Pero en Kronenberg solo han oído hablar vagamente de estos asombrosos sucesos, y ¿quién sabe lo que querrán decir? «El rey hace la guerra, y el pueblo es el que muere» es un dicho muy, muy antiguo en Kronenberg.

Estos últimos años, los tiempos han sido muy duros en todas partes; en Kronenberg, también. Impuestos y peajes cada vez más altos, requisas de hombres, animales y grano, cada vez más, para los ejércitos. Pero la guerra, que se ha ido desplazando de norte a sur, de sur a norte y de nuevo de norte a sur, ha respetado la ciudad, a excepción de un asedio, que fue levantado por los ejércitos pro-

testantes. En definitiva, los habitantes de Kronenberg no pueden quejarse; y no lo hacen.

La peste y la hambruna son recurrentes en Kronenberg —¿dónde no lo son?—, y donde hay judíos, ¿qué otra cosa se puede esperar? Tras la Peste Negra de 1348 la Judenschule, o casa de oración, de Kronenberg fue quemada, y los judíos, expulsados. (Todo el mundo sabía que habían envenenado los pozos, en toda Europa.) Pocos años después, la situación financiera del príncipe de Hesse era tan apurada que tuvo que empeñar Kronenberg a los judíos de Fráncfort, pero en 1396 el buen rey Wenceslao declaró nulas todas las deudas contraídas con los asesinos de Cristo. Sin embargo, la cosa no terminó ahí, porque una y otra vez los príncipes traían de vuelta a los judíos, para que se ocupasen del poco cristiano negocio de la banca, prohibido a los cristianos por la ley canónica. Así fue hasta 1525, cuando el burgomaestre de Kronenberg imploró al príncipe que expulsase de nuevo a los judíos. «Compran artículos robados —dijo—. Si desapareciesen, no habría más robos.» De modo que el príncipe los expulsó de nuevo; pero ejerció el privilegio imperial concedido por Carlos V de mantener en la ciudad a un cierto número de judíos a condición de que pagasen una tasa de protección, el Schutzgeld. Si dejaban de pagar el Schutzgeld, el príncipe les retiraría su protección.

Aquellos eran buenos tiempos, antes de la Gran Guerra de Europa. Ahora los tiempos eran duros; pero podrían ser peores (y lo son en casi todas partes) de lo que son en Kronenberg. Esta noche los burgueses y sus criados y criadas duermen satisfechos, o tan contentos como los burgueses y sus criados y criadas pueden esperar estarlo en esta vida. Lo mismo ocurre con su ganado engordado durante el verano y sus ovejas en los campos (aún no hace frío a principios de noviembre), y sus cerdos y gallinas y gansos y patos en el establo en la parte de atrás de la casa. Todos duermen a las diez.

Las dos campanas de iglesia son discordantes, el tono en la bemol de la campana de la parroquia contra la campana Catalina

en mi; la pericia de los artesanos no es la misma que cuando se fundió la campana Catalina tres o cuatro siglos atrás. Pero se necesita algo más que la discordancia de las campanas para despertar a los habitantes de Kronenberg. Se necesita más incluso que el gallo en la cima del tejado del ayuntamiento para conseguirlo.

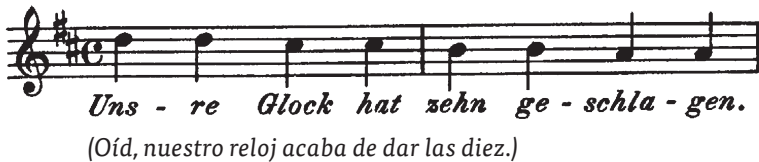
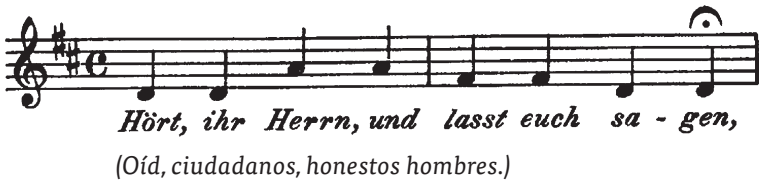
El gallo del ayuntamiento es un gallo maravilloso. Bate las alas y emite un cacareo heroico, una vez por el cuarto de hora, dos por la media, tres por los tres cuartos y cuatro veces por la hora..., y luego cacarea la hora. Si (como suele suceder) empieza a cacarear las diez cuando la campana Catalina ya ha terminado y en la campana de la parroquia justo ha sonado el sexto tañido, la culpa no puede ser del gallo, pues los campaneros son humanos y fallibles, mientras que el gallo es mecánico. Decir que el gallo estaba equivocado sería como decir que el reloj de la ciudad estaba equivocado, y eso no lo dice nadie.

Ahora bien, la discordancia de las dos campanas no es nada comparada con la cacofonía del gallo y los cuatro últimos tañidos de la campana de la parroquia; y sin embargo los ciudadanos de Kronenberg duermen. Siguen durmiendo hasta que sus propios gallos de carne y hueso responden al cacareo que proviene de la cima del ayuntamiento. Como es natural, la respuesta se inicia en los establos y patios cercanos y se disemina como una epidemia por la colina de Kronenberg abajo. Los gallos despiertan a los patos y los gansos, luego a los cerdos y las gallinas. A continuación, el ganado se despierta y muge. Los perros de la casa son los últimos que se hacen oír, pero, una vez que comienzan a ladrar, son los últimos en callarse.

Todo Kronenberg se revuelve bajo los gigantescos edredones. Todos se medio despiertan con la discordante sinfonía, permanecen medio despiertos hasta que termina y luego concilian de nuevo, aunque no del todo, el sueño. A los habitantes de Kronenberg les falta su nana de las diez en punto, la nana que han escuchado, igual que sus ancestros antes que ellos, cada noche de sus vidas, el Stundenrufe del vigilante nocturno, o canto de las horas.

Cada noche el vigilante nocturno permanece en la plaza del Mercado hasta que el estrépito de las campanas y de los animales ha cesado. Es un viejo pensionista con el atuendo de su oficio, un largo abrigo verde y un sombrero alto verde, con el cuerno colgado del hombro, la linterna en una mano, el chuzo en la otra. Chuzo, linterna y cuerno, incluso el propio vigilante nocturno, son hoy en día cada vez más puramente decorativos. Mientras hace sus rondas cada hora, vigila por si hay algún fuego, cosa rara en el prudente y tacaño Kronenberg, y si algún cerdo ha escapado de su pocilga, lo que es aún más raro.

Pero este hombre encargado de velar por la comunidad, aunque hoy en día sea solo simbólicamente, tiene su dignidad; no está dispuesto a competir con el gallo ni con los gansos. Cuando el último eco del estrépito se ha extinguido —y no antes— se lleva el cuerno a la boca y sopla diez veces, para luego comenzar el descenso por la ciudad, golpeando el empedrado con sus pesadas botas, mientras les canta a los habitantes de Kronenberg para que retomen el sueño:



Para entonces, por supuesto, el gallo del ayuntamiento ya hacía rato que había dejado oír su cacareo de las 22.15: